



## Capítulo 271

### ¡Fiesta Hasta Que Vomites!

Abaddon y sus esposas bajaron las escaleras y sonrieron al ver lo que le esperaba.

Sus hijos mayores estaban vestidos con telas sencillas, pero lujosas, que les permitían moverse con facilidad y estaban tomados de la mano de una de las hermanas fénix.

Las trillizas también estaban cerca y, por supuesto, Nita estaba pegada a Thea como siempre.

A unos metros de distancia, Asmodeus, Yara, Lusamine y Malenia también estaban presentes y parecían llevarse bastante bien.

Incluso sus mascotas estaban presentes, con Bagheera y Entei sentados sobre sus patas traseras con grandes lazos atados a sus cuellos.

Era bastante extraño ver una langosta usando un lazo como si fuera una especie de perro pequeño, pero nadie en esta casa parecía encontrarlo extraño.

"¡Waah! ¡Todos lucen increíbles!"

"Papá se ha arreglado, el mundo puede estar al borde de su fin".

"¡Papá se ve muy genial!"

Actualmente, Abaddon vestía una fina túnica negra sin mangas, que estaba abierta en la parte delantera, para revelar su pecho tatuado.

Su largo cabello rojo estaba cuidadosamente atado en una cola de caballo, pero había dos mechones de cabello junto a sus orejas que estaban envueltos en brazaletes dorados.

Llevaba una falda larga de color rojo brillante, que le llegaba hasta los pies con garras, y tenía marcas demoníacas grabadas en el centro.

Había ocho anillos en cada uno de sus dedos, uno por cada una de sus amadas esposas, quienes eran parte integral de quién era él como persona.



Pero lo más llamativo de su atuendo era el collar que llevaba y que había sido hecho por su primera esposa.

Era un wesekh completamente dorado, como el que solían llevar Lailah y Apophis.

Si Abaddon era el sueño de toda mujer, sus esposas eran el sueño de todo hombre.

Las chicas llevaban tops cortos que llegaban justo debajo de sus pechos, combinados con faldas de distintos colores y tobilleras doradas en sus pies.

Al igual que su marido, también llevaban ocho anillos en los dedos, símbolo de que su amor mutuo era casi tan fuerte como su amor por él.

Todas llevaban coronas sencillas en la cabeza y grandes sonrisas que parecían ser intrínsecas a su personalidad.

—¿Os hicimos esperar? —preguntó Abaddon.

El sonido de los sollozos de Asmodeus interrumpió a cualquiera que quisiera responder esa pregunta, y se pudo ver al nefilim secándose las lágrimas de los ojos.

"¡Mi hijo se parece tanto a mí que no puedo evitar emocionarme cada vez que lo veo!"

—De todos modos. —Abaddon puso los ojos en blanco mientras el resto del grupo se echaba a reír y él atrajo a su hija menor hacia sus brazos.

"¿Estás lista para conocer a tu gente, hija mía? Todos están muy emocionados de verte".

"Mmm."

Como siempre, el comportamiento de Gabbrielle era bastante robótico por naturaleza, pero Abaddon podía sentir que ella estaba emocionada por dentro.

Sin duda, el entusiasmo de Mira se había contagiado a su hermana menor, ya que las dos pasaban tanto tiempo juntas.

Abaddon echó una última mirada a su familia y amigos antes de colocar su mano en el pomo de la puerta.



No tenía nada que decir, todas las palabras ya estaban atrapadas en su garganta. Él sólo quería apreciar esa vista que era tan hermosa que le hacía llorar.

En la Tierra su única familia eran sus padres drogadictos y cortó todo contacto con ellos tan pronto como pudo.

No tenía amigos y pasó veinte años solo, sin ningún consuelo real en el mundo.

Fue porque vivió así antes que tuvo un aprecio aún mayor por todo lo que tenía ahora.

No pasaba un solo día sin que él se sintiera lleno de inmensa gratitud por haber sido sanado nuevamente.

Al abrir la puerta, se vio invadido por la visión de un paraíso invernal.

La nieve caía suavemente del cielo y había empezado a formar pequeños montones a lo largo de las calles.

Pero lo más llamativo del espectáculo fueron los miles de demonios arrodillados fuera de su casa.

En su patio delantero estaban Kanami y sus hermanos y hermanas, junto con el trío Rabisu y Zheng.

Incluso los señores vampiros habían logrado hacer una aparición, con los antiguos señores demonio, Belphegor y Leviathan, arrodillados junto a ellos.

Más allá de la valla, había demonios de todas las edades y orígenes, todos arrodillados respetuosamente y con paciencia.

Se había dejado un espacio abierto en el camino, ésta era la ruta que recorrería el emperador mientras daba su discurso y conducía a su pueblo a los terrenos más sagrados de la ciudad.

"Esto es sin duda un espectáculo digno de ver... Algo así hace que un día como este parezca aún más auspicioso".

Aunque Abadón no hablaba en voz alta, todos en la ciudad podían oírlo.

Los ciudadanos podían sentir claramente la sinceridad y la gratitud en sus palabras.



"Tengo a alguien a quien me gustaría presentarles a todos ustedes... en realidad, seran dos".

De repente, Abaddon extendió la mano hacia atrás, tomó a Lillian de la mano y la sacó frente a la gran multitud.

"Esta es mi octava esposa, vuestra emperatriz, Lillian Tathamet. Y esta es mi hija más nueva, Gabbrielle".

"Dios mío..."

"¡Qué mujer tan hermosa..!"

"Ella es exactamente el tipo del emperador."

"¡Ese bebé es tan lindo que voy a morir!"

"¿Cómo es que ya es tan grande...?"

"Un hijo del emperador debería ser al menos así de especial, ¿verdad?"

Aquellos que no estaban lo suficientemente cerca para ver a la nueva emperatriz y a las princesas tuvieron imágenes mentales enviadas directamente a sus mentes.

Gabbrielle y Lillian parecían avergonzadas por la repentina atención, pero aun así pudieron poner cara de valientes.

Abaddon devolvió a su hija a los brazos de su madre, a unos cuantos pies de distancia, y comenzó a caminar por el gran sendero que se había despejado para él.

"Tal vez debería haber preparado algún tipo de discurso para hoy... pero debo confesar que tal cosa se me ha olvidado."

Mientras Abaddon caminaba, su familia lo seguía, y una vez que pasaban, los ciudadanos comunes se levantaban y seguían sus pasos.

"Nunca se me han dado bien las palabras. Supongo que eso es lo que pasa cuando pasas la mayor parte de tu vida en soledad".

De repente, del cuerpo de Abaddon empezaron a salir chispas que volaron con el viento.

Al mismo tiempo, su carne comenzó a arder a medida que crecía hasta una altura de catorce pies.



"M-Monstruo..."

"Q-Qué..."

Apophis y Thea miraron a las temblorosas chicas fénix en sus brazos.

Para aquellos que habían tomado la sangre de Abaddon, verlo en cualquiera de sus formas naturales sería como ver a un dios descender a la tierra en toda su gloria.

Los habitantes de Luxuria consideraron que verlo era tan conmovedor que ya había ríos de lágrimas corriendo por sus rostros.

Pero Claire y Jasmine eran forasteras.

Y contemplar a Abaddon era como ver tu pesadilla más inimaginable cobrar vida ante tus propios ojos.

Estaban a pocos segundos de tener que cambiarse la ropa interior.

'¡Hermano!'

-Lo sé... No quería que la primera vez fuera así.

Thea y Apophis se mordieron el interior de los labios y permitieron que la sangre fluyera libremente en sus bocas.

Cada uno agarró a un fénix individualmente por la cara y lo besó, forzando a beber un poco de la sangre de Abaddon en sus bocas.

No era lo suficientemente potente para convertirlos en demonios, pero era suficiente para evitar que se volvieran locos de miedo.

Las dos niñas se retorcieron un poco entre las manos de los hermanos antes de darse cuenta de que realmente no tenían ningún deseo de escapar y relajarse en sus brazos.

Jasmine quedaría en completo desastre más tarde esa noche.

"Por primera vez en nuestra historia, nosotros los demonios estamos unificados. No importa si somos perezosos, iracundos, orgullosos, lujuriosos, envidiosos, glotones o codiciosos."

La monstruosa voz de Abaddon pareció resonar por toda la ciudad y provocó que todo lo cercano vibrara.

"Ustedes son mi pueblo y por lo tanto son valiosos para mí. No deben temer la persecución de los humanos y nunca caerán bajo el dominio de los dioses. Nadie puede pisotearlos".



Abaddon condujo un océano de gente al lugar más sagrado de la ciudad: el árbol Qlipoth.

—Pero hoy se supone que es una fiesta, ¿no? No os aburriré con discursos que traen a la memoria recuerdos desagradables.

Bajo las hojas, parecidas, al sauce del árbol Qlipoth, el cuerpo de Abaddon se encogió de nuevo a su habitual apariencia injustamente hermosa.

"Beban, ríen y vivan, mi gente. Disfrutar de la alegría es la única manera verdadera de celebrar nuestra unidad. ¡Que comience la fiesta!"

"¡¡Viva!!"

"¡¡Vamos a beber!!"

"¡Gloria a la familia Tathamet!"

Aplausos y vítores estallaron en el aire mientras los demonios rápidamente pusieron en marcha el festival.

Las calles se llenaron de risas, música, baile y, por supuesto, el olor de la comida.

Abaddon se sentó debajo del árbol y observó todas las festividades con una sonrisa entrañable en su rostro.

Sus esposas eran las únicas que estaban sentadas a su alrededor, ya que el resto de su familia había bajado a la ciudad para disfrutar del festival.

"¿Estás bien, mi amor? Hace tiempo que no dices nada", dijo Audrina.

Abaddon efectivamente se había quedado en silencio, pero no era porque algo estuviera mal con él, como su esposa había pensado.

"Supongo que estoy perdido en mis pensamientos, querida. Supongo que estoy pensando en el futuro".

No podía explicarlo, pero por alguna razón estaba particularmente distraído hoy.

Había algo que sentía que estaba olvidando, pero no podía recordar si era importante o no.

De repente sus esposas se miraron y asintieron antes de levantarse.





Lo agarraron y lo pusieron de pie, todo ello con sonrisas traviesas y cautivadoras.

-No hay tiempo para eso, querido.

"Divirtámonos hoy y tratemos de no tener pensamientos tan tristes, ¿de acuerdo?"

"¡Emborrachémonos!"

—Sí, bueno, quizá no sea eso, pero sí que deberíamos divertirnos un poco.

"Puede ser como nuestra propia pequeña cita".

Abaddon sonrió impotente cuando sus esposas lo ayudaron a ponerse de pie y las siguió hacia las animadas calles de abajo.

"Están todos tan felices... Supongo que los festivales tienen esa capacidad para hacer que la gente se sienta así", pensó feliz.

Tomó la decisión de dejar todas sus preocupaciones de lado, solo por hoy, e intentó hacer lo mejor que pudo para actuar de la forma más despreocupada posible.

Pero en lo alto de un edificio a cierta distancia, había una especie de entidad que reconocería con demasiada facilidad.

Era un ojo verde oscuro, incrustado en un charco de sombras.

No tenía expresiones faciales para leer, pero si uno lo mirara, juraría que sentía un desdén abrumador.